

Álvaro Matute y Evelia Trejo

“Presentación”

p. 7-14

*De historiografía y otras pasiones  
Homenaje a Rosa Camelo*

Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

284 p.

Fotografías, figuras y mapas

ISBN 978-607-02-8094-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenajeRC/camelo.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## PRESENTACIÓN

Abrazar como tema de estudio el periodo colonial, fue una elección que Rosa Camelo Arredondo hizo desde que —como estudiante de Historia— quiso investigar un asunto situado en el horizonte de la Conquista y vinculado con la realidad de la historiografía. Su tesis, *Historiografía de la matanza de Cholula*, resulta un parteaguas en el desenvolvimiento de una vocación histórica que experimentó durante la segunda mitad del siglo XX.

Los viajes de estudio que le permitieron asistir a cursos impartidos por notables historiadores como Fernand Braudel, Henri Labrousse y Marcel Bataillon, se combinaron con los aprendizajes obtenidos de integrantes de la primera fila de historiadores mexicanos —José Miranda, Francisco de la Maza, Jorge Gurría Lacroix, Edmundo O’Gorman, Carlos Martínez Marín, Miguel León-Portilla—, quienes la contaron entre sus discípulos. Estos seminarios, hoy parte de una rica tradición, no fueron los únicos a los que asistió; la joven maestra, decidida, entonces y siempre, a ampliar sus conocimientos, participó también en los que profesores visitantes como Woodrow Borah, Walter Mignolo y Alfredo López Austin dictaron. Asimismo asistió a los cursos y conferencias que, hasta en los años más recientes, impartieron historiadores como Hayden White y Francois Dose, por citar dos ejemplos. Esto sólo es muestra de uno de sus rasgos distintivos: la infinita curiosidad por saber más de los temas que le interesaron y por colocarse en la órbita de quienes, al igual que ella, han descubierto a un autor, a un personaje, a un protagonista de la dilatada y compleja realidad novohispana.

Sobre cualquier cantidad de asuntos que podrían añadirse a la permanente decisión de estar al tanto de nuevas miradas entorno de lo que siempre quiso conocer, se erige una actividad que le distinguió desde hora temprana: la docencia. Fue principalmente la Facultad de Filosofía y Letras, en particular el Colegio de Historia, la destinataria de la mayor parte de sus afanes. Desde los años sesenta, los alumnos de Geografía Histórica se beneficiaron de su gusto —podría decirse pasión— por la relación estrecha entre estas

dos disciplinas. Poco tiempo después, la ocasión de impartir Historiografía de México habría de ser definitiva para ocupar un lugar central en el cultivo de la materia; sobre ésta, impartió además cursos y seminarios para los distintos niveles de formación. Los frutos en el alumnado no se limitaron a los de nuestra casa de estudios; instituciones como la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Iberoamericana, las universidades de Querétaro, Veracruz, Sinaloa, El Colegio de San Luis y el de Michoacán, son algunos de los sitios en los que se desplegó su enseñanza. En esa labor, dedicada y constante, adquirió el reconocimiento de su auténtica devoción por el material historiográfico. No es pues extraño que al paso de los años, entre sus más cercanos alumnos destaquen quienes participaron en sus seminarios de posgrado, quienes escucharon cotidianamente sus sabias recomendaciones al elaborar sus tesis o bien, quienes desde hace varias décadas, forman parte de espacios de investigación donde, a su vez, han continuado diseminando parte de esa buena semilla. El número de tesis en que intervino para apuntalar y rectificar conocimientos es enorme; ni llama, por tanto, la atención la cantidad de estudiantes que contaron con sus juicios certeros para obtener grados en la disciplina de la Historia. La asesoría que brindó al campo de la literatura dramática y el teatro, desde su amplio saber de la cultura novohispana, es otra más de las acciones que llenan su vasto expediente como maestra de cuyo saber han aprovechado ya muchas generaciones.

### *Rosa Camelo y sus autores*

Como en muchos otros casos, de manera especial propios de su generación, la solución a problemas didácticos llevó a Rosa Camelo a investigar autores, obras, ediciones y problemas de la enseñanza de la historiografía. Siempre buscó la mejor manera de emprender el recorrido a través de la producción historiográfica mexicana, no limitándose a la presentación de datos biobibliográficos de obras y autores, sino explicándolos a partir de la problemática que los rodeaba. Heredera de Jorge Gurría Lacroix se fortaleció con el escudo de la erudición, característica de este historiador; y como discípula de Edmundo O'Gorman, supo encontrar las interpretaciones adecuadas para situar en su contexto histórico e historiográfico la escritura de la historia. Así, con los soldados-cronistas, no se quedó en el mero enunciado, sino que escudriñó en la naturaleza de los textos ¿Hasta dónde las cartas relatoras eran plenamente historiografía? Lo

mismo con las relaciones de méritos y servicios: ¿dónde estaba el paso del documento escueto hacia la obra plenamente historiográfica? Lectora acuciosa, repasaba a Hernán Cortés, a Andrés de Tapia, a fray Francisco de Aguilar —uno de sus predilectos—, a Bernardino Vázquez de Tapia y, desde luego a Bernal Díaz del Castillo. Antes, reparaba en las pequeñas noticias tempranas acerca de los primeros contactos con tierras mexicanas, del tipo del *Itinerario de la armada*, herencia directa de Gurría, quien las rescató en ediciones facsimilares. Él se limitó al enunciado histórico-bibliográfico y a Rosa Camelo le correspondió indagar más allá: en la naturaleza textual de los escritos. Todo eso sin olvidar su práctica como profesora de Geografía Histórica de México, lo que la llevaba a emprender los recorridos con cabal conocimiento de causa.

En clase, así como en algunos de sus escritos, abordaba al historiador de manera particular; en obra propia, los confrontaba ante un hecho como la matanza de Cholula, según fue vista por los mencionados y otros. Discípula indirecta —como muchos de nosotros— de Ramón Iglesia, no se contentaba con escribir sobre un tema y dejarlo ahí; cuando se le invitaba a dar una plática acerca del mismo tema, volvía hacia él con nuevos ojos y comunicaba nuevas ideas que conducían a interpretaciones más profundas, más acabadas. Demostraba consigo misma su historicidad frente a los diferentes textos leídos durante su vida, mostrando la experiencia obtenida al servicio de una nueva lectura.

También, como otros de sus congéneres o de promociones algo posteriores, tuvo un excelente entrenamiento en el férreo quehacer de la edición: al lado del propio Gurría; en los seminarios de O’Gorman, dedicados a revisar a Motolinía, Gage, Zorita, fray Servando; con León-Portilla en la *Monarquía indiana* de Torquemada; y en empresa común al lado de José Rubén Romero, donde además hizo lo propio respecto a la obra de fray Diego Durán.

No sólo navegó en el siglo XVI, de la parte final de esa centuria pero alejada del centro novohispano, abordó a Baltasar de Obregón con una frescura que le permitió encontrar al hombre detrás de la obra. Su gran trabajo, desafortunadamente inédito, sobre fray Agustín de Vetancourt muestra que no debe precipitarse la lectura de las grandes crónicas sólo para buscar en ellas lo más obvio, es necesario tomarse tiempo para toparse con hallazgos que permitan entrar a la mirada del autor y conocer sus sensibilidades acerca del paisaje, del entorno natural y humano, y no detenerse sólo en si copió o no a sus predecesores franciscanos.

Por encargo hubo de enfrentarse al español decimonónico Pedro Pruneda, de cuya lectura dejó testimonio, asimismo lo hizo con el gran Joaquín García Icazbalceta y, del siglo XX, con su maestro José Miranda. No fueron los únicos, pero sí los más significativos.

La labor editorial la llevó a colaborar con Josefina Muriel como corresponsable, en una primera etapa, de la publicación *Estudios de Historia Novohispana*, para tiempo después asumir ella sola esa responsabilidad.

Así como acometió a los autores sobre los que quiso decir algo, la lectura emprendida de las investigaciones realizadas por los alumnos fue fina y profunda. Supo encontrar el pequeño detalle significativo, más allá del grosor superficial. Ser leído por Rosa Camello fue garantía de que lo escrito sería bien comprendido.

Sensible a las elaboraciones teóricas supo utilizarlas como *espirituales*, según el *dictum* de O’Gorman, aunque no se quedó sólo en ello sino que propuso, como lo hace en ensayos como “La totalidad del texto” y otros más.

La divulgación histórica la llevó a colaborar en *Historia de México Salvat*, allá en los años setenta. Los trabajos “Avance de la conquista y la colonización”, “Los viajes a la Mar del Sur” y “Expansión territorial y conquistas” son muestra de la manera en que dio a conocer parte de la geografía histórica, una de sus temáticas favoritas.

Por otra parte, asumió la coordinación general de *Historiografía mexicana* al lado de Juan Antonio Ortega y Medina y en 1991, tras el fallecimiento del maestro, continuó sola con la supervisión. Con el apoyo decidido y valioso de múltiples colaboradores y coordinadores de volúmenes como Virginia Guedea, Antonia Pi-Suñer, José Rubén Romero y Patricia Escandón, esta publicación permite asociar su nombre, además de conocer sus contribuciones, a la que por antonomasia ha sido su área predilecta.

Su presencia en el Seminario de Historiografía Mexicana, instituido en el Instituto de Investigaciones Históricas en 1999 y del que fue fundadora, le ha proporcionado un carácter altamente significativo. La voz autorizada, el juicio certero y amable, y la disposición al asombro que le producía un nuevo modo de acercarse a estudios en apariencia ya construidos o resueltos, enriqueció mes con mes las sesiones de intercambio entre los hoy colegas y siempre discípulos y alumnos. En las reuniones, celebradas los últimos miércoles de cada mes, sus intervenciones, caracterizadas por puntuales y pausadas, fueron seguidas con toda atención por los participantes. Maestra por antonomasia.

### *Nuestro reconocimiento*

El libro que el lector tiene en sus manos está formado por doce textos de variada índole y común intención. El propósito, como el título expresa, es rendir homenaje a nuestra querida maestra. Los textos, cada uno a su manera, reflejan algo de lo mucho que ella sembró.

Implícita o tácitamente, los temas tratados guardan relación con enseñanzas e intereses, que por más de cinco décadas, Rosa comunicó, sugirió o, abiertamente, invitó a visitar. La participación de la mayoría de los integrantes del Seminario es representativa de lo que ha sido este espacio para aquellos que pensamos en el cultivo de la historiografía como un lugar de encuentro. El surgimiento de un seminario de esta naturaleza se dio en el mejor de los marcos. El Programa de Teoría e Historia de la Historiografía, creado por la doctora Virginia Guedea, nos dio la certeza de que estaba destinado a rendir por muchos años un buen cobijo a los quehaceres de los que, a semejanza de Rosa Camelo, no dejaríamos de dar vueltas a la lectura de la historiografía como fuente y como problema. Al correr de los años ratificaríamos, con la experiencia de todos, la riqueza de explorar una y otra vez la valiosa herencia de esos antecesores que, como nosotros hoy en día, expresaron sus afanes por conocer y entender el pasado que eligieron o que les fue encomendado revelar.

El coloquio en que dimos a conocer las primeras versiones de un buen número de los textos aquí reunidos, tuvo lugar en enero de 2013 con motivo de su octagésimo aniversario. Sin embargo, la preparación de dichos textos para publicar, así como la incorporación de otros trabajos de quienes entusiastamente se sumaron al homenaje —aun cuando no tuvieron ocasión de acompañarnos en aquella celebración—, se han prolongado por un tiempo mayor del previsto. La entrega de este reconocimiento, mismo que ante su lamentable deceso, el 13 de febrero de 2016, constituye un reconocimiento póstumo y aún más sentido.

Hemos dispuesto la presente edición siguiendo un doble criterio, el del carácter de los textos y, hasta donde es posible, el de la etapa cronológica que predomina en cada caso. Así, en primer término, en *De la historiografía* aparecen tres trabajos cuya vinculación está dada en el tratamiento de cuestiones que incluyen aspectos teóricos y metodológicos relacionados con la docencia y la investigación de la historiografía, sea en sentido general o particular. Tales son los casos de “Hilvanar una tradición” de Evelia Trejo, un recorrido que enlaza varios de los elementos que ayudan a esclarecer el papel de obras y de personas en la constitución de una

de las tradiciones que es posible advertir en la formación de historiadores de nuestro medio universitario, de la cual la maestra Camelo es presumiblemente integrante y exponente. “Cómo enseñamos historiografía clásica”, escrito por Roberto Fernández Castro, ofrece un conjunto de argumentos y juicios críticos bajo la mirada rigurosa de un joven historiador comprometido desde hace algunos años con la investigación y docencia de la historiografía, e interesado en el mejoramiento de las fórmulas para llevar a cabo esta última tarea en el ámbito de la historiografía clásica; “K’áak’ Upakal en Yucatán: historia de la historiografía de un personaje maya”, de índole semejante al anterior por el rigor y la juventud de su autor, Erik Velásquez, es una llamada de atención acerca de la importancia de seguir los pasos de la producción historiográfica para comprender el desenvolvimiento de un campo específico de estudio, el de la cultura maya, cuyas expresiones plantean retos de singular relieve al conocimiento del pasado prehispánico.

Más directamente asociada con el magisterio de Rosa Camelo, puesto que en todos los casos se explicita la escuela en la que el objeto de estudio es la elaboración historiográfica, la sección *De algunos textos historiográficos* reúne cuatro trabajos que evidencian los frutos derivados de la erudición, la ecdótica y la hermenéutica como herramientas para desentrañar los secretos de la historia escrita. Los ejemplos son elocuentes: la necesidad de conocer y valorar el origen y la composición de un texto testimonial en el que a la par que la mirada del expedicionario está la del observador de una cultura distinta, en el caso de “*El Itinerario de la armada* de Juan de Grijalva. Una propuesta de lectura desde la geografía histórica y el análisis historiográfico”, escrito por Carmen León Cázares; el asunto indudablemente sugerente que aborda Aurora Díez Canedo en “El nombre de Nueva España, y su apellido. (Pesquisa historiográfica)”, en el que subraya las implicaciones que detecta en la pérdida del nombre completo “Nueva España del Mar Océano” que le dieran primero —según las fuentes—, a las tierras conquistadas; o bien, las posibilidades de lectura que ofrecen los textos historiográficos cuando se accede a ellos con diferentes recursos, como demuestran Josefina Flores Estrella en “*Dos caminos de lectura para la obra de Miguel del Barco: Historia natural y crónica de la Antigua California*”, al invocar planteamientos de Freud para sostener su hipótesis; y finalmente, Tania Ortiz Galicia con su trabajo “En torno a la ‘totalidad del texto’: Una propuesta de relectura de la *Historia antigua* de Mariano Veitia”, en el que inspirada en esta fórmula y en otros elementos teóricos procura una comprensión cabal de la obra en cuestión.



En *De personajes, sucesos históricos y sus representaciones* se suceden primero dos ejemplos de temas diversos pero que anidan semejanzas; ambos aluden a personajes inscritos en un tiempo y un espacio de cruce de caminos: el de la tradición occidental y la tradición mesoamericana, frente a frente. Los denunciadores de herejías, con la singularidad que les da su momento, y los graniceros, con la proyección en el tiempo que les brinda su oficio, son los protagonistas de los textos “La persecución de la idolatría en el siglo XVII. Un auto de fe en un pueblo de indios del obispado de Puebla” y “Los graniceros novohispanos del centro de México. Apuntes para una historia”, de Ana Silvia Valdés Borja y Miguel Pastrana, respectivamente. Los dos se inscriben todavía en la secuela que, proveniente de la sección anterior, nos remite a los siglos de historia novohispana.

Adelante, en esta misma sección, se abre el espacio para acceder al siglo XIX con un trabajo en el que hace acto de presencia, como sustento, más que como tema de estudio, el escrito histórico “La Guerra de Reforma, testimonios de Manuel Doblado y otras crónicas, 1858-1860” de Silvestre Villegas Revueltas, mostrando las bondades y dificultades que entraña conocer episodios consagrados de la historia patria a partir de los testimonios de quienes los protagonizaron. Por otra parte, uno de los próceres de mayor relieve, Benito Juárez, es el motivo que da oportunidad a Rebeca Villalobos en “Apuntes para un estudio sobre el culto a los héroes: el caso de Benito Juárez”, de rebasar los términos del texto para indagar, de la mano de la retórica, la abundancia de las representaciones a lo largo de los años, poniendo en balance la utilidad del análisis del discurso con las herramientas que le son propias frente a registros de lo histórico de índole diversa. Y, son precisamente las relaciones que se establecen entre la historia y su representación las que inspiran el último de los estudios. En “De traidores y héroes. Variaciones sobre un tema de Verdi y Borges”, Álvaro Matute atiende a las licencias interpretativas que sugeridas por estas dos icónicas figuras, dan origen a creaciones literarias, operísticas y cinematográficas que revelan el tránsito de una a otra condición y nos permiten además viajar en el tiempo, llegar incluso al siglo XX y constatar que en materia de representación histórica, la variedad es enorme. Lo cierto es que en el vasto repertorio de lo que ofrece la historiografía como objeto de análisis se encuentran magníficas claves y recursos para abordar el estudio de las expresiones de diversa naturaleza que hacen de los asuntos históricos su tema.

No nos resta sino esperar que los lectores encuentren en las páginas que siguen motivos para interesarse en lo que, para muchos



de los autores de los textos, representa el estudio de la historiografía y, sobre todo, puedan ver detrás de cada uno de los trabajos, el reconocimiento a Rosa Camelo que hemos querido hacer patente. Elegimos sus palabras para cerrar esta presentación, no sin antes advertir que su alusión a Silvestre Villegas obedece al recordatorio que éste hiciera, el día del homenaje, de las enseñanzas recibidas de Ramón Iglesia, uno de los más eminentes transterrados españoles, cuyas lecciones abrieron los ojos de un modo especial para la lectura de la historiografía.

### *Las palabras de Rosa Camelo*

Yo solamente quiero hablar para decir las palabras más bonitas que existen: gracias, gracias por este homenaje, gracias a todos mis alumnos porque yo les quiero decir que siempre me he aprovechado de ellos. Es en serio, siempre he aprendido de ellos, porque con sus preguntas, sus dudas, sus equivocaciones me han obligado muchas veces a revisar lo que les enseñé, cómo se los enseñé y por qué se los enseñé.

Creo que el verdadero proceso de enseñanza-aprendizaje es difícil; requiere volver siempre sobre algunos textos en torno de ciertas cosas y aquí estoy de acuerdo con Silvestre [Villegas]. Reencontrarnos con aquellos que la moda ha hecho olvidar y encontrarnos con que dentro de la enseñanza —del enseñar—, siempre hay ideas, procedimientos y cosas que son de ida y vuelta, de lo antiguo a lo nuevo, de lo nuevo a lo antiguo, pero siempre tienen un sentido distinto porque nosotros hemos vivido nuestra historia y porque podemos leer veinte veces un libro y las veinte veces encontrar que nos llevan a cosas muy distintas. Creo que esto es algo que muchas veces repito en clase y quiero decirles que eso nos lleva a los maestros a ponerlo en práctica. Queremos cumplir con esta función de estar siempre renovando, pero siempre conectando todo con una historia, con un pasado. Y quiero decirles también muchas gracias porque hoy me han enseñado muchas cosas sobre mí misma.

### *Nuestra despedida*

El deceso de Rosa Camelo, ocurrido el 13 de febrero de 2016, cuando el proceso de edición de este libro estaba ya en marcha, nos obliga a manifestar el dolor por su partida y a subrayar la admiración que incontables personas han expresado al recordar su vocación por la historia y su ejemplar entrega al magisterio.

LOS COORDINADORES